

festaciones: las que se refieren a cierta carta escrita, según ella dijera la primera vez, por Rubén al hermano, Andrés Murillo, causante, al parecer, del abismo que separó a los antes enamorados. La primera conversación es la que transcribo del libro *Rubén Darío y las mujeres*, de Ildo Sol (2).

Considero la pérdida de nuestro primogénito—habla Rosario— como la causa primordial y determinante que convirtió nuestra separación—forzada en Cartagena por razones económicas—en abandono, pues con la muerte de nuestro niño el vínculo matrimonial se debilitó y el amor se fue disipando con el tiempo y el espacio. Secundariamente contribuyó a ello las demoras que hice en el acatamiento de las llamadas de Rubén, por consideración al sacrificio que se impondría para el sustento mío en países extraños, donde su economía carecía de estabilidad, según lo revelaba en sus cartas. Finalmente, Rubén, envanecido con sus crecientes triunfos literarios, pretendía merecerlo todo de mi familia, que, aunque afortunada, eludió darnos auxilios para solucionar nuestra situación. Naturalmente, esto dio lugar a la sugerencia de una recíproca antipatía, de la cual era yo la única víctima. Poseo una carta extensa de Rubén que prueba cuanto le digo. La primera parte es la más bella manifestación de amor que en su vida me hizo; la segunda es una serie de injustas recriminaciones contra mi familia, especialmente contra mi hermano Andrés...

La carta en referencia más podría dañar a Rubén mismo que a mi hermano Andrés, y, antes que sufran ellos menoscabo de su dignidad personal, prefiero soportar yo sola los ácidos de la maledicencia... ¡Ah, cuán tarde decidí cerrar los ojos ante los obstáculos para reunirme a mi marido!

Más tarde, en 1947, Rosario dice, al preguntarle Ildo Sol por esta carta: «En cuanto a la carta de que me habla, me extraña; jamás Rubén me escribió carta alguna en que recrimine a mi familia. El era demasiado delicado y me quería lo suficiente para no mortificarme con recreminaciones a mi familia. Creo que *usted ha sufrido error*».

CARTAS DE RUBEN DARIO A ROSARIO MURILLO

Mayo 12 de 1886.

Rosario:

Esta es la última carta que te escribo. Pronto tomaré el vapor para un país muy lejano de donde no sé si volveré. Antes, pues, de que nos separemos, quizá para siempre, me despido de ti con esta carta.

(2) Según este mismo libro, el doctor Manuel Zurita estaba preparando un trabajo acerca de las relaciones de Rubén y Rosario. En conversación con Ildo Sol, Zurita afirma que Rosario también le habló de la carta de Rubén contra Andrés Murillo, pero añadiendo que no se la suministraría a nadie. ¿Existe o no esa carta? ¿Qué acusación encierra? De ser favorable a la dama, en definitiva, ¿por qué callarla tantos años, si la verdad histórica tiene derecho a establecerse?

Te conocí tal vez por desgracia mía; mucho te quise, mucho te quiero. Nuestros caracteres son muy opuestos, y, no obstante lo que te he amado, se hace preciso que todo nuestro amor concluya ya; y como por lo que a mí toca no me sería posible dejar de quererte viéndote continuamente y sabiendo lo que sufres o lo que has sufrido, hago una resolución y me voy. Muy difícil será que yo pueda olvidarte. Sólo estando dentro de mí se podría comprender cómo padezco al irme; pero está resuelto mi viaje, y muy pronto me despediré de Nicaragua. Mis deseos siempre fueron de realizar nuestras ilusiones. Llevo la conciencia tranquila, porque como hombre honrado nunca me imaginé que pudiera manchar la pureza de la mujer que soñaba mi esposa. Dios quiera que si llegas a amar a otro hombre encuentres los mismos sentimientos.

Yo no sé si vuelva. Acaso no vuelva nunca. ¡Quién sabe si iré a morir a aquella tierra extranjera! Me voy amándote lo mismo que siempre. Te perdono tus puerilidades, tus cosas de niña, tus recelos infundados. Te perdono que hayas llegado a dudar de lo mucho que te he querido siempre. Si tú guardaras como hasta ahora, si moderado tu carácter y tus pequeñas ligerezas, siguiendo en la misma vía que has seguido durante nuestros amores, yo volvería y volvería a realizar nuestros deseos. Tú me quisiste mucho; no sé si todavía me quieres. ¡Son tan volubles las niñas y las mariposas!

Mucho me tienes que recordar si amas a otro. Ya verás. Yo no tengo otro deseo sino que seas feliz.

Si estando, como voy a estar, tan lejos, me llegase la noticia de que vivías tranquila, dichosa, casada con un hombre honrado y que te quisiera, yo me llenaría de gozo y te recordaría muy dulcemente. Pero si me llegase a Santiago de Chile una noticia que con sólo imaginármela se me sube la sangre al rostro, si me escribiese algún amigo que no me podrías ver frente a frente como antes..., yo me avergonzaría de haber puesto mi amor en una mujer indigna de él. Pero esto no será así, estoy convencido de ello.

Pongo a Dios por testigo que el primer beso de amor que yo he dado en mi vida fue a ti...

Ojalá que nos podamos volver a ver con el mismo cariño de siempre, recordando lo mucho que te quise y que te quiero. Adiós, pues, Rosario.

Rubén Darío

Esta fue escrita cuando el poeta se fue a Chile, «a causa —dijo— de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado...».

Las siguientes son de después del forzado casamiento que se vio obligado a celebrar con Rosario.

New York, 8 de junio de 1893.

Mi querida hijita:

Mañana tomo el vapor para Europa, en viaje a Buenos Aires, después de unos largos días pasados en New York. Supongo que cartas tuyas deberán estar en camino de la Argentina por el Pacífico. Por el *Herald* he estado al corriente de los sucesos de la guerra. Escríbeme

una carta larga, larga, en que me des noticias de todo, especialmente de ti y de mi mamá. Dile que por este correo le mando un diario en que se habla del banquete que me dieron los literatos hispanoamericanos de esta ciudad.

Dime también si te has comunicado con la Angelita. Te digo con toda verdad que me haces más falta que nunca, y que no veo las horas en que te vengas, si es que por fin se arregla lo que hemos hablado, y mi buena amiga y cuñada persiste en sus deseos. Mándame el retrato ofrecido. Supongo que en Buenos Aires encontraré toda tu correspondencia. Mándame también periódicos y toda clase de papeles. De París, donde sólo estaré ocho días a lo más, te mandaré algunas cositas.

No tengo de ti sino ideas buenas y dignas de tu corazón. Que siempre seas así.

Muchos besos y abrazos, con mis cariños a mi mamá, te envía tu esposo,

Rubén Darío

P. D.: Dame noticias de Rodríguez, y si por casualidad lo ves, dile que de Buenos Aires le escribiré.

París, 5 de julio de 1893.

Mi amada Rosario:

El vapor que me deja, la enfermedad que me impide ir a tiempo al puerto. Todo esto ha hecho que todavía no esté yo en Buenos Aires. Supongo, mi querida hijita, que tus cartas deben de estar ya en la Argentina y que en ellas encontraré muchas noticias tuyas y mucho cariño y amor. Este, aumentado por la ausencia. Lo que es en mí ha crecido más y más cada día. Tu recuerdo me acompaña siempre, y tengo continuamente una verdadera sed de ti.

Desde New York no sé nada de las cosas de la política nicara-güense. Sólo sé que Sacasa cayó y que Machado es presidente. También que se murió Julio Gómez. A Luciano Gómez le escribí. Ignoro si ha recibido mi carta.

Vuelvo a repetirte que no pienso más que en ti. Y que el día que llegue a verte será nuestra verdadera luna de miel. ¿Y tú?

No te olvides de procurar por todos los medios con tu hermana el viaje lo más breve posible. Puedes tomar la vía Cosmos o la de New York. Si la Javiera quisiese venir, ya sabes que para ti y para mí sería gran placer hacer su educación y procurar su buen porvenir.

Dile a la Angelita que mi mayor deseo es que esté ya completamente arreglada con don Francisco. Pero que si persiste en sus deseos, nuestro hogar será el de ellos.

Hasta la vista, pues, vida mía, mi muchachita, y no me olvides, y sé siempre la que me has jurado ser para conmigo.

Te besa y te abraza ardientemente tu

Rubén

Buenos Aires, 3 de junio de 1897.

Mi Rosario:

Basta. ¿Sería yo capaz de decirte que no a lo que me pides? Más de una vez te lo he indicado. No se ha podido y no se ha hecho.

Vente en las condiciones en que me hablas en tu carta.

No soy tan ogro. Ya ves que mi voluntad está dispuesta. Vente. Viviremos modestamente y agradablemente. Podemos vivir con lo poco que yo gano. Desde ahora procuraré preparar las cosas.

Me agradecería hicieras el viaje con la familia Gavidia, que vendrá a Chile pronto.

Di a Javiera que estimo su recuerdo en lo que vale y que fraternalmente se lo devuelvo.

Memorias a todos, y un abrazo de tu esposo,

R. Darío

P.D.: El pasaje debe ser directo hasta Valparaíso, por la Compañía Sud Americana de Vapores. No vayas a tierra en Panamá.

Buenos Aires, 1898.

Mi querida Rosario de siempre:

Tarde recibo tu última carta, a causa de haber andado en el interior de la República, en la provincia de Córdoba. Mucho me ha agradado la manera con que te expresas y no esperaba otra cosa de la mujer que tanto me ha querido y a quien yo he querido también tanto.

No creas que he olvidado nuestros bellos días; te complazco, pues, recordándolos, lentamente, como tú, una ausencia que a mi pesar no he podido remediar. No creo imposible el que esos días puedan volver. Todo está en mi buena o mala suerte. Yo espero.

Por otra parte, aguardo respuesta a una carta que he escrito últimamente al general Zelaya. Como nadie es profeta en su tierra, creo que me quedaré aquí por uno u otro inconveniente. Yo no he de ir en malas condiciones, y si el Gobierno no me ayuda como debe, seguiré trabajando en Buenos Aires. Tanto más que si me estableciera por allá no viviría solo, porque te llamaría.

A otra cosa. Mándame, hija, por inmediato correo, los libros míos publicados en Centroamérica: *Azul*, *A de...* y *Primeras notas*. Me son muy urgentes. Así, no dejes de hacerlo inmediatamente. Te mando un ejemplar de mi nuevo libro y un retrato.

Te abraza tu esposo,

Rubén

«... Poco tiempo después —dice Arturo Torres-Rioseco—, Darío pasó a Managua, y allí le aconteció uno de los sucesos más dolorosos de su vida: el matrimonio forzado con doña Rosario Murillo, a quien el poeta nunca amó verdaderamente. Doña Rosario fue una de las grandes fuentes de inquietudes del poeta, y Darío huyó de ella hasta